LOS CLAUSTROS DEL MONASTERIO DE SAN JERÓNIMO EL REAL

POR

INOCENCIO CADIÑANOS BARDECI

El Monasterio de San Jerónimo (Madrid) dispuso de un complejo sistema de cuatro claustros del renacimiento y el barroco. El presente trabajo estudia la historia de su construcción. El viejo claustro es de comienzos del XVI. El autor del diseño del claustro principal y definitivo fue fray Lorenzo de San Nicolás. La construcción fue iniciada en 1672 y finalizada con el siglo.

Palabras clave: San Jerónimo El Real. Monasterio. Claustros. Siglo XVI. Siglo XVII. Fray Lorenzo de San Nicolás.

The Monastery of San Jerónimo El Real (Madrid) had a complex system of four cloisters in Renaissance and Baroque styles. The author studies the history of their construction. The old cloister dates from the beginning of the 16th century. Fray Lorenzo de San Nicolás designed the project for the main and definitive cloister; the construction began in 1672 and was terminated by the end of the century.

Key words: San Jerónimo El Real. Monastery. Cloisters. 16th century. 17th century. Friar Lorenzo de San Nicolás.

Hacia el año 1464, Enrique IV fundaba el monasterio jerónimo de Santa María del Paso en el camino de Madrid al Pardo, cerca del actual Puente Verde.

En 1502 eran adquiridas numerosas fincas para “labrar este monasterio de San Jerónimo el Real quando se mudó del Paso Viexo...entre los caminos biexo y nuevo que ban de Madrid a Vicálbaro”. Es decir, el espacio que se extiende entre el Museo del Prado y el Retiro. Muchas de estas parcelas serían adquiridas por trueques hechos con las parroquias de San Pedro, San Ginés y Santa Cruz a ruegos del cardenal Cisneros. En el mismo año consta que se estaba en plena construcción del nuevo monasterio, iglesia y claustro. Todo rodeado de una gran huerta de olivos que en sucesivos años sería notablemente ampliada.

En 1503 los RR.CC. concedían permiso para su traslado. Se trató, pues, de una verdadera refundación desde aquel apartado y húmedo lugar a otro extramuros, pero cercano a la Corte. Desde ahora se le conocerá como San Jerónimo el Real o del Buen Retiro¹.

La construcción fue completada en años posteriores. En 1504 Fernando el Católico ordenaba al corregidor de Madrid que se interesara por el monasterio “que nuevamente se edifica en esta villa e de sus obreros e familias”. Resultaría una de las pocas construcciones góticas madrileñas, incluido su claustro viejo, hoy desaparecido. Algún escritor barroco calificaría “la iglesia de la fábrica de aquel tiempo, la más bien entendida y fabricada que ay en muchas leguas del contorno”². Se ha pensado que su autor pudo ser Enrique Egas.

A pesar de la intervención e interés de los monarcas en la fundación de San Jerónimo y sus continuas ayudas posteriores, todavía a fines del siglo XVIII existía alguna duda sobre su pertenencia al Patronato Real. Los monjes tenían interés en que se le considerara “un cuerpo con el Palacio del Buen Retiro” pues de este modo su viejo y ruinoso claustro sería reconstruido a expensas del Erario público. El Fiscal, por el contrario, argumentó que las mencionadas ayudas reales lo habían sido por gracia y no por obligación. Lo que sí quedó bien claro es que el monasterio de San Jerónimo nunca fue una sola y misma cosa con el citado Palacio, sino algo bien distinto. Por ello los Reyes habían ayudado a las obras mayores y no en las menores.

Basándose, además, la Casa Real en que a través de los siglos había sido residencia de los monarcas, punto de reunión de las Cortes, lugar de juras principescas y exequias reales, reclamó y exigió en adelante “un derecho incuestionable de Patronato sobre la iglesia y claustros, aunque no sobre el resto de edificios, huertas y otras dependencias”.

Uno de los aspectos artísticos más interesantes del conjunto monasterial lo formaron sus dos claustros que, en realidad, fueron cuatro. Las dudas y opiniones contrapuestas que se han escrito, han provenido del desconocimiento de este último hecho. No solo la cartografía madrileña, sino también la documentación y parte gráfica que aquí damos a conocer demuestran claramente su existencia. Dichos claustros (el viejo y el principal) estuvieron pegantes, pero en muy distinto sitio. El primero sería reconstruido a fines del siglo XVIII, con intervención de Juan de Villanueva, y el segundo levantado a mediados del siglo XVI y reconstruido un siglo más tarde por fray Lorenzo de San Nicolás. Es el mismo que hoy está siendo integrado dentro de la ampliación del Museo del Prado como Biblioteca suya.

El viejo claustro Gótico, su emplazamiento y edificios anejos

Cuando a comienzos del siglo XVI se levanta el nuevo monasterio, se hace aprovechando al máximo los materiales del viejo de Santa María del Paso “por que se pareciese al primero”, en frase del P. Sigüenza. Muchos de los elementos (columnas, capiteles, estacaciones, pinturas...) mostraban claramente aquella procedencia, según A. Pons. En 1505 este claustro viejo o antiguo ya estaba concluido. A su rapidez, se deberían las deficiencias.

Juan Bautista de Toledo levantaba en 1561 un Cuarto Real para Felipe II, pero no en el ábside del templo como se ha pensado, sino en el ángulo del noroeste, junto a la puerta de entrada a la iglesia, como muestra claramente el plano de Marcell. En 1574 sería ampliado por la parte de la bodega, lo que molestó a la comunidad por encontrarse demasiado cerca de sus celdas. Aunque sabemos que éstas se abrían, en realidad, en los dos claustros entonces ya existentes (en el nuevo, en su parte baja), como lo constata un mandato interno que obligaba a los procuradores de la

¹ CUARTERO, B., El monasterio de San Jerónimo el Real. Madrid-1966. SEPULVEDA, R., El monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid. Madrid-1883. TORMO, E., Las iglesias del antiguo Madrid. Madrid 1979, pg. 200.

² Bibl. Nac. Ms. 21. 018.

Orden a instalarse en este claustro viejo, y no en el principal, para mayor comodidad y no molestar. Parece que también tendrá que referirse a este claustro el relato del juramento del príncipe Felipe(III) cuando decía que su cámara “está en el claustro sito en dicho monasterio”, desde el que entró al templo por la puerta de las procesiones, pues sabemos que el claustro nuevo o principal estaba todavía en construcción por estas fechas.

La construcción fue de tapial, a base de tierra y cascajo, intercalado con machones de ladrillo, todo sobre cimientos de piedra y pedernal sobre los que iba un basamento de ladrillo de un metro de altura, como todo ello podía contemplarse en el paramento conservado hasta su reciente demolición.

Este viejo claustro se extendía desde el ingreso a la iglesia (portería) hasta la actual calle de Casado del Alisal y desde el claustro principal hasta el muro de contención de la calle Ruiz de Alarcón. De anchas crujías, dispuso de un patio algo menor que el del claustro principal.

En el plano (más bien croquis) de Antonio Marcelli del año 1622, aparece algo descentrado respecto del claustro nuevo o principal, tanto por el norte como por el sur y también un poco más bajo y reducido. En su interior lucen cinco arcos que se corresponden con otros tantos al exterior³.

En Texeira se nos muestra más detallado y muy semejante al principal. El lienzo oriental es común con este último y el del norte adosado a la iglesia y no enlazado o cerrado por completo con el del oeste. Por el sur se refuerza con un cuerpo yuxtapuesto más bajo y flanqueado con torres que muestra una gran arcada en la que se apoya un breve piso de ventanas adinteladas. El patio luce doble planta con cinco arcos de medio punto en los lados menores.

En el plano de Espinosa de los Monteros (año 1769) del Museo Municipal se ve claramente cómo este claustro era más reducido que el principal. De crujías muy gruesas, a excepción de la común con este último, se nos presenta como un simple patio, más que como un claustro propiamente dicho.

Parece que la mayor parte de las dependencias y celdas monacales estuvieron en esta parte. En el centro manaba una fuente plantada hacia el año 1570 poco antes de que se ordenara “que se encañe el agua que viene al claustro”. La abundancia de ésta en los contornos facilitó su traída tanto a éste como al nuevo claustro.

Poco antes de emprender su reconstrucción a fines del siglo XVIII, el viejo claustro era descrito así: “De la fundación del expresado monasterio. En su patio se advirtieron 8 escudos de las armas reales, hechos de piedra y colocados los unos en los quatro ángulos bajos y los otros en los quatro medios altos de el mismo claustro que corresponde a la mitad de los diez arcos que forman y sostienen la fábrica”.

Los anteriores planos y dibujos nos muestran, también, otras construcciones aledañas. Por el oeste, sobre la actual calle de Ruiz de Alarcón, el claustro se completaba con otros pequeños patios que acogieron la hospedería, cocinas, refectorio, almacenes...En los jardincillos del Museo del Prado y en donde hoy se levanta éste, todavía se extendían otras dependencias accesorias.

El claustro principal renacentista

Este claustro nuevo o principal se encontró en el mismo lugar en que se levanta el actual. Su existencia ya consta a mediados del siglo XVI. Efectivamente, en 1558 se concedía un sitio al canónigo Francisco del Hoyo para labrar un aposento “en el claustro segundo” así como una puerta de acceso a la iglesia en el “claustro nuevo”. La construcción vino posibilitada por los notables recursos de la comunidad, ricas fundaciones y legados testamentarios, así como por la continuada ayuda de los monarcas. Y su finalidad, exigida por necesidades religiosas.

³ MORENA, A. de la, “El monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid”. Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Madrid (1974) págs. 47-78 y lámina IX.

La función de este segundo claustro fue paralela, pero distinta, del viejo. Este quedó para uso exclusivo de la comunidad en donde, por ejemplo, no se permitió entierro alguno. Es cierto que en el nuevo hubo celdas, pero a través de los siglos es mencionado, sobre todo, por sus capillas, sepulturas y celebración de procesiones o actos palatinos. Y también por un uso profano como aulas y ocupación parcial por la familia real. Desde la construcción del palacio del Buen Retiro, la segunda planta del ala oriental quedaría integrada dentro de dicho palacio para asistencia de los Reyes a las funciones religiosas.

Felipe II fue generoso con el monasterio, especialmente desde la cesión por los monjes del Cuarto Real. Dió, entre otras cosas, 1.500 ducados para hacer el retablo mayor cuyas cortinas pintaría Rómulo Cincinato, artista que también realizó el cuadro de la Cena del refectorio. El Rey entregó otros 1.000 ducados como ayuda para la construcción del nuevo claustro, posiblemente con vistas a su uso profano y complementario del Cuarto Real. En 1575 el capítulo monacal proponía que los 1.500 ducados señalados en cierta escribanía de Indias se empleasen en levantar la cerca y “en proseguir la obra del claustro nuevo para que particularmente el Rey hizo esta merced”. Tres años más tarde la comunidad cedía al monarca una puerta de dicho claustro “porque se entrase por allí sin arrodar por los corrales “. Debió de serlo por su expresa petición: “Si el Rey lo pidiese se le daría, pero ofrecerlo no por ser cosa ardua...que pertenece a honestidad”.

La construcción de este segundo claustro, no imprescindible para los monjes, amplio, lujoso y de materiales caros, es lógico que fuera lenta. En 1602 todavía restaba mucho por hacer. Felipe III daría 1.500 ducados, señalados en Méjico, “para començar a reparar la casa que tenía grande necesidad espeçialmente el quarto y corredores de medio día con que se començó la obra, que están hechos seis arcos que llegan al primer suelo y que demás de asegurar su parte parecen muy bien y faltan otros doze para llegar al cavo del dicho quarto”. En 1605 los monjes pedían al monarca una limosna de 1.000 ducados pues aseguraban que con poco más de 4.000 podría estar concluido. En 1613 concedía al monasterio 187.500 mrs. de renta anual en las alcabalas de Orense para obras, entre las cuales es posible que estuviera este claustro. Y con todas estas ayudas debió de acabarse por entonces el edificio, al menos en su mayor parte. Justificándose, sin duda, en tan sustanciosa y decisiva ayuda real, poco después la Reina ocupaba el piso alto del ala oriental, cosa que seguirían haciendo en años sucesivos otros personajes de la familia real.

En 1621 se hacían notar obras necesarias en San Jerónimo, lo que volvería a repetirse en 1630 y 32. Es posible que aún quedara alguna parte del claustro sin acabar. Felipe IV compensaría a los monjes con 8.000 ducados por el trozo de olivar y las dos plantas (alta y baja) del claustro principal que le habían dado para unirla al palacio del Buen Retiro. Los planos posteriores muestran, efectivamente, una completa unión entre ambos edificios. Este mismo Rey costearía la taza de la fuente que manaba en el centro del patio⁴. En las honras fúnebres celebradas en 1644 por doña Isabel de Borbón “se colgaron de sedas del intento los quatro lienzos del claustro principal del convento, cubriendo de paños negros los suelos. En las quatro esquinas se pusieron altares con doseles negros y quadros de excelente pintura y en los lados, entre los ángulos, hubo otros quatro altares en la misma forma”.

Un bello dibujo de uno de los paramentos de este claustro, posiblemente de 1605 cuando los monjes solicitan ayuda del Rey, se ha prestado a interpretaciones y confusiones con el claustro viejo. Posiblemente fue trazado por Francisco de Mora. Presenta una panda, lógicamente igual a las demás, de siete vanos con arcos de medio punto. Está claramente inspirado en el escurialense denominado de los Evangelistas: basas áticas, columnas dóricas y jónicas superpuestas, proporciones mayores en la planta baja, triglifos en este friso y ralo el alto, todo coronado por una balaustrada con bolas en los remates. La cubierta, con puertas a las buhardillas. Sobre el ingreso al jardín, un escudo real, recuerdo de la ayuda del monarca.

⁴ Arch.General de Simancas. M. P. y D. XL-32, leg. 334-83.

Fig. 1. San Gerónimo y sus dos claustros, según el plano de Texeira (año 1956).

Fig. 2. Claustro del Real monasterio de San Gerónimo de esta Corte. Francisco de Mora.

El número de siete arcos causa cierta confusión, pues en las maquetas y planos arriba citados, aparecen únicamente seis. Quizá pudiera deberse a que aquéllas eran simples trazas aproximadas, no exactas como este último dibujo. Tanto las puertas (cuatro) al patio como la colocación de los escudos hubieran resultado descentrados de no haberse dado un número impar de huecos.

Marceli nos lo presenta algo más alto que el viejo coincidiendo, por el este, con el ábside del templo. En su patio pueden verse 6 arcos en cada uno de los dos pisos. Texeira lo traza de la misma forma. El desnivel del lado sur se refuerza con un cuerpo adosado, recorrido por una alta galería que sostiene dos plantas con numerosas ventanas adinteladas. Por el este linda con el palacio del Buen Retiro.

En los dibujos trazados con ocasión de exequias reales solo se nos señala el lado del claustro pegante a la iglesia. Noort indica en 1644, cinco arcos en dicha panda. En cambio Juan Gómez de Mora unas veces dibuja cinco y otras seis arcos⁵.

Las varias vistas del Buen Retiro que conservamos nos muestran siempre la crujía oriental integrada dentro de las dependencias del palacio.

El nuevo claustro principal de fines del siglo XVII.

A pesar de los mejores materiales empleados en este segundo claustro, resultó deficientemente ejecutado y, por ello, su vida se redujo a poco más de un siglo. En 1654 “atendiendo al reparo que necesita el claustro del convento de San Jerónimo desta Corte por la ruyna que amenaça” el Rey devolvía, durante 4 años, el cobro de varios juros que en el pasado habían pertenecido a los monjes. Sin embargo, los reparos fueron insuficientes⁶.

El 15 de diciembre de 1671 el prior, fray Francisco de Plasencia, se ajustaba con los canteros José de Sopena y Miguel Martínez “y dijeron que por quanto el claustro prinzipal del dicho convento está amenazando ruina y con riesgo y detrimento conozido de que suceda una desdicha quanto menos se entienda y para ebitarla y que los religiosos que residen en él puedan bibir y andar seguros por dicho claustro, tienen tratado y concertado con dichos maestros en que se derriue y se haga de nuevo de piedra berroqueña, según y conforme la traza, condiziones y prezios que a hecho y ajustado el padre fray Lorenzo de San Nicolás...arquitecto...muy conozido a quien el dicho convento de San Gerónimo tiene recomendada toda la obra del dicho claustro y que corra por orden y dirección suya”⁷. Habría que recordar que este religioso tenía, entonces, 77 años y que ya había construido numerosos edificios religiosos de gran valía, entre ellos varios claustros.

Las condiciones fijadas por fray Lorenzo de San Nicolás fueron las siguientes:

- Los machos de los ángulos serían el apoyo fundamental, “los quales dichos apoyos an de estar un pie apartado de los pilares que oy están hechos”.
- El derribo comenzaría en uno de dichos machos, poco a poco, de “tal suerte que toda la piedra que se pudiere aprovechar no se maltrate”, especialmente si fueran los sillares grandes.
- Los cimientos serían los mismos del pasado, haciéndose catas para ver si eran suficientes. En caso contrario serían tendidos de nuevo, sobre todo en las bases de los pilares.

⁵ MORENA, A. de la, “El monasterio de...” lámina I. VV. AA., Iván Gómez de Mora (1586-1648). Museo Municipal. Madrid (1986), págs. 17 y 145.

⁶ A.H.N: Cons. legs. 4.417, 13.196 y 16.669. Clero, legs. 4.080 a 4.083. Clero, libro 7.485.

⁷ Arch. Hº. de Protocolos de Madrid, leg. 11.755. Sobre la vida y actuación de fray Lorenzo de San Nicolás puede consultarse: TOVAR, V., Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII. Madrid -1975, pág. 81.

- Las cuatro pilastras de los machos de las esquinas “an de ser enteras...procurando que capitel y media ylada sea todo uno para que así queden más fortificadas las dichas columnas”, y se macizarían de buena piedra y cal.
- Los pisos serían de vigas y tablas a no ser que los religiosos desearan que fueran sobre bóvedas.
- El tallado de impostas, basas, capiteles...seguiría exactamente el modelo por él señalado.
- El segundo cuerpo sería “a plomo todo uno de otro con sus pilastras”, a menos que la comunidad prefiriera hacerlo de “columnas enteras”. En este caso llevarían el mismo grosor de las de abajo, con capiteles jónicos.

Ante la posible aparición de disputas, se aceptó como deliberante al propio fray Lorenzo. Los contratistas, José de Sopena y Miguel Martínez, ejecutarían la obra en diez años a partir del día 1 de enero de 1672, dándola por finalizada para diciembre de 1681. Se les daría 3.000 ducados por el trabajo de los dos primeros años y 4.000 cada tres años en lo sucesivo. Costaría, pues, el nuevo claustro unos 12.666 ducados.

Como fianza, José de Sopena hipotecó la cantidad de dinero que se le estaba debiendo por la construcción del claustro del colegio de San Ildefonso de Alcalá de Henares, que tanto parecido presenta con el que estudiamos, así como el valor de la obra que estaba rematando en el convento madrileño de la Santísima Trinidad de calzados. Miguel Martínez, por su parte, hipotecó los 10.000 rs. que se le debían de lo que estaba haciendo en el convento del Espíritu Santo de clérigos menores.

En otro escrito, fray Lorenzo dió instrucciones muy detalladas, señaló los precios de los materiales y precisó que toda la anterior obra se haría a base de piedra y ladrillo. Levantó plano siguiendo las mismas medidas del pasado para aprovechamiento de sus bases y por exigencias de buena comunicación con otros edificios anejos, como las celdas monacales y el palacio del Buen Retiro. Además, de este modo pudo aprovecharse buena parte de los materiales del pasado: columnas, dovelas y sillares en general. Es cierto que también proyectó un segundo piso con pilastras adosadas que sería ejecutado de forma más lujosa a gusto de la comunidad, tomando como modelo el claustro derribado. Parece que esto mismo se hizo con el abovedamiento de dicho piso.

Una inscripción en el zócalo del ángulo noroeste nos precisa el comienzo de las obras: EMPEÇOSE A 7 DE ENERO DE 1672.

La relación de este claustro con la monarquía (palacio del Buen Retiro, actos oficiales y religiosos...) explica el que los Reyes ayudaran en varias ocasiones a su construcción. Carlos II entregaría 16.000 ducados señalados en un título de Castilla “para la reedificación del claustro principal...que es el otro que tiene el monasterio”, lo que resultaría determinante para concluir la obra, cosa que los jerónimos agradecieron vivamente. En 1679 ayudaba con otros 400 ducados.

Los monjes, por su parte, tomaron a censo 2.000 ducados en 1675, “a causa de hallarse el dicho combento con precisa necesidad de proseguir y continuar con la obra de la reedificación de el claustro principal que en él está haciendo que se halla hoy muy adelantado y que asta estar acabado sus religiosos padecen mucha yncomodidad”. Al año siguiente tomaban otros 4.000 “para proseguir la obra que está haciendo del claustro y por no malograr lo mucho que se a gastado”. Un año después volvían a tomar otro censo semejante.

Pero, como ocurrió en tantas otras empresas de este tipo, muchos años después de lo previsto todavía quedaban ciertas partes sin concluir. Fernando VI ordenó cerrar a su costa el claustro bajo y un tiempo después entregaba 146.000 rs. con el fin de reparar, blanquear y cerrar el alto. También dió 800 arrobas de plomo para cubrir con eficacia los tejados de ambos claustros, lo que parece evidenciar que por estos años sería totalmente acabado este claustro barroco.

Ponz pudo contemplar el estado del edificio antes del saqueo y destrucción por las tropas francesas. Habla de dos espaciosas capillas (una sirviendo de aula) y alguna escultura funeraria. Por este mismo tiempo era descrito así: “Claustro nuevo en que ay una fuente en su patio y sobre las quatro puertas que dan entrada a él, se hallan colocados quatro escudos de piedra de las armas reales de

Fig. 3. Planta baja del convento de San Jerónimo.

Fig. 4. Anónimo. Croquis de la iglesia y claustro principal (año 1790).

España. compuestas de dos castillos y dos leones con la corona floreada y adorno exterior que las circunda y en las fajas que les abrazan se lee el siguiente epígrafe: AGRIO DULCE (lema de Enrique IV) y en lo alto de los citados escudos se hallan otros cuatro tanvién de piedra de la religión de San Jerónimo”.

La comunicación de la iglesia con este claustro se hizo a través de la cuarta capilla de la epístola.

La reconstrucción de fray Lorenzo de San Nicolás estuvo condicionada por los edificios del contorno, las bases del claustro derribado y el aprovechamiento de sus materiales. Sin duda que hubo también un expreso deseo de que se ejecutara una auténtica “reedificación”. Siguiendo el modelo renacentista, este nuevo constó de dos plantas de diferentes proporciones, aunque el arquitecto introdujo algún elemento nuevo: cada panda constó, ahora, de 5 arcos en vez de los 7 (o quizá 6) del pasado resultando, así, más esbelto, luminoso y proporcionado. Los machos de las esquinas también fueron alterados al constar de doble columna pareada. La balaustrada de la terraza desapareció para ser sustituida por canecillos muy avanzados que sostuvieron la cubierta actualmente desaparecida.

Hoy podemos contemplar un cuadrado de 1.432 ms/2 que reproduce casi exactamente el claustro anterior. Sus medidas rondan entre los 33,10 ms. del lado occidental y los 42,5 ms. del meridional. Los elementos decorativos se reducen a molduras, frisos y claves de los arcos, a base de motivos vegetales y animales. La arriba citada heráldica consiste en escudos reales en la parte baja y escudos de la orden jerónima en la superior. Destacan notoriamente las grandes columnas monolíticas grises, casi exentas, que contrastan con el claro de los vanos.

Todo está trabajado de forma ajustada y cuidadosa, al mejor gusto clásico. La parte más vistosa muestra el austero y bello granito madrileño. El resto es de mampostería y ladrillo un tanto desigual.

El plano del Archivo General de Palacio que damos a conocer nos muestra este claustro en su estado original: crujías, diversas dependencias y fuente del jardín. E. M. Repullés y Vargas solo reproduce, a fines del siglo pasado, el mismo esqueleto que hoy podemos contemplar⁸.

Situación del viejo claustro en el siglo XVIII. Proyecto de reparo por Juan de Villanueva y reconstrucción por Manuel Machuca

Debido a la acción del tiempo y a causa de los deficientes materiales de construcción, el claustro viejo se encontraba en ruinas a comienzos del siglo XVIII.

En 1715 Felipe V entregaba 29.500 rs. con el fin de asegurar los cimientos de la llamada torre del Abad, pegante a este claustro. Unos años después ordenaba reparar el propio claustro por amenazar ruina. Para ello donó 30.000 rs. En 1744 y 45 hizo gracia de otros 27.000 en hidalguías con el fin de labrar una cocina, varias celdas y otras dependencias para los 50 monjes que entonces habitaban el monasterio. En años sucesivos, Fernando VI ayudaría a “enmaderar el claustro primitivo” y llevar a cabo diversos reparos pues este claustro se estaba arruinando rápidamente.

Desde 1783, y durante una década, la intervención en el claustro viejo fue decisiva y profunda.

En el mencionado año, los monjes solicitaban que a costa del Real Erario se ejecutaran importantes obras pues todo era una ruina “tanto por su antigüedad y vejez quanto por ser de tierra sus paredes”. El lienzo del mediodía corría un notorio peligro y tenía a los religiosos en un continuo sobresalto por haberse oído en varias ocasiones “estallidos que han causado aberturas notables”.

⁸ REPULLES Y VARGAS, E. M., Restauración del Templo de San Jerónimo el Real de Madrid. Madrid-1883.

Hubo dudas por parte de la Cámara Real de que el monasterio fuese de su Patronato. Se encargó a Andrés Cornejo, alcalde de Corte, que informara con detalle sobre ello. Así lo hizo y el resultado fue una variada documentación sobre la fundación, intervención y ayudas reales que parece avalaban tal consideración.

A pesar del dudoso patronato, del abandono del palacio del Buen Retiro por la familia real y su ocupación por la tropa así como de los notables recursos económicos de los monjes manifiesto, según la maledicencia de los madrileños en su opípara alimentación, se optó por llevar a cabo las obras a cuenta de la Hacienda Real. Se encargó su reconocimiento a Ventura Rodríguez quien dijo no poder cumplirlo.

En el mismo año (1783) el alarife Manuel Burgueño exponía que las cuatro fachadas del claustro presentaban gran detrimento y, con especialidad, la que miraba al mediodía que se hallaba tan desplomada que había inutilizado suelos, armaduras y celdas. Todo ello se debía a sus malos cimientos, tapias de tierra y ladrillo “que es una clase de fábrica que no tiene aguante”.

Era preciso apearlo todo y reconstruirlo de nueva planta. De hacerse con cimientos de piedra y lienzos de ladrillo...costaría unos 220.000 reales.

A fines del mismo año volvía a informar el albañil Antonio Berete. Debía, efectivamente, ser derribado todo. No era posible reconstruir únicamente el lienzo del sur puesto que al demolerlo se vendría al suelo el resto del claustro. El edificio nuevo solo tendría como finalidad hacer de patio de luces para las celdas. Podía levantarse con postes de madera sobre basas de piedra y cerrarse con vidrieras con el fin de evitar el frío. Costaría 300.000 reales. Pero “hecho en piedra a imitación del nuevo” se elevaría su costo hasta un millón de reales.

Poco después llegaba la opinión de Juan de Villanueva. Era posible repararle “sin embargo de ser vieja y construcción antiguada y al parecer endeble y poco sólida, no se ve una inminente y pronta ruina...para que se hagan semejantes operaciones”. Era cierto que el cuarto del sur tenía pandeado su primer piso por la humedad, pero no por arriba, en donde estaba engatillado con hierros. Era preciso atirantar armaduras y galerías con hierro pues “así el claustro puede quedar usual y corriente por bastantes años”. Costaría 45.000 rs. Pero si la comunidad quisiera reconstruirle por su cuenta “más permanente, decente y de mejor gusto y construcción que el actual”, su costo ascendería a 560.000 rs.

Ante opiniones tan dispares, la Cámara Real ordenó reconocerlo de nuevo a Vicente Barcenilla. A comienzos del año 1784 exponía que todo se mantenía a plomo a excepción de las cuatro columnas y arcos del cuerpo principal que mira al mediodía, pandeadas hacia el patio. Era necesario desmontar y reconstruir dichos arcos y columnas con los mismos materiales y, también, afianzar paredes, pisos y desvanes con gatillos de hierro. Costaría todo ello 55.000 rs. Como puede verse, un informe muy cercano al de Juan de Villanueva.

En un principio se consideró no ser convenientes ni necesarias las primeras obras proyectadas, bastando con los reparos señalados por Villanueva y Barcenilla. Tendrían que invertirse entre 45.000 y 55.000 rs. y no los 220.000 rs. de Burgueño y menos aún el millón de Berete. La Cámara Real propuso que se encargasen a Juan de Villanueva.

En 1788 el prior del monasterio decía haberse entrevistado con Villanueva quien le había asegurado no poder cumplir con el encargo debido a sus muchas ocupaciones. El progreso de las ruinas exigía una rápida intervención.

Pero parece claro que los monjes no eran partidarios de reparar su claustro sino reconstruirle de nuevo. En 1790 solicitaban que lo volviese a reconocer Manuel Machuca, arquitecto del Buen Retiro. Se trataba de un maestro ligado a las formas e intereses de Pedro Arnal, por entonces nombrado Director General de la Real Academia de San Fernando, lo que facilitó la adjudicación a Machuca.

Al año siguiente este último advertía que no eran suficientes los reparos propuestos por Villanueva y que su costo ascendería a 350.000 rs. Se le ordenó comenzar los trabajos. Entonces rebajó el presupuesto a 230.000 rs. “en atención a las circunstancias en que se halla el Erario público”, muy graves, por cierto.

Al comenzar las obras se dio cuenta que dicho presupuesto seguía siendo insuficiente por tratarse de un edificio de muy malos materiales. Era preciso reconstruirle casi por completo. Podía aprovecharse alguna crujía, suelos y armadura, pero los paramentos interiores del claustro no admitían reparo alguno. Había que demoler las cuatro líneas de columnas y arcos, armaduras...sustituyéndolo todo por paredes de fábrica, con zócalos de piedra de forma sencilla y barata. A pesar de ello, su costo aumentaría en 350.000 rs. más.

En 1792 el Rey ordenaba a Villanueva y Machuca que emitieran juntos un nuevo informe y dieran proyecto para las obras más indispensables. Villanueva, opuesto al trabajo emprendido por Machuca, expuso su opinión particular. No era necesaria tanta obra en el claustro y Machuca había sido demasiado condescendiente con los monjes, quienes deseaban un edificio lujoso. Además, no seguía el plan trazado pues en vez de un reparo estaba ejecutando una verdadera reconstrucción y en vez de aprovechar parte de lo existente había demolido todo hasta su basamento, incluidas las torres del cuerpo oriental. Ahora serían precisos 370.000 rs. para levantar el claustro así como otros 17.000 para las torres.

Machuca, por su lado, justificó la demolición y aclaró que ya había comenzado la reconstrucción sobre zócalos y basamentos de piedra, con pilares de ladrillo que recibían los arcos y bóvedas del claustro viejo. Lo único que había demolido por completo era el ruinoso cuerpo del sur. Tanto los arcos como los pilares serían, ahora, de fábrica. También serían nuevas la armadura de la crujía del sur así como las mencionadas torres. Todo ello importaría 385.000 rs.

En 1793 la Hacienda pública entregaba 255.000 rs. “para que se vayan siguiendo las obras”. La Cámara Real, por su lado, ordenó volver a colocar los antiguos escudos. Antes de abonarse más cantidades a Machuca, tendría que emitir su juicio Pedro Arnal.

Efectivamente, así lo hizo algo más tarde. Las obras realizadas eran ciertas y precisas. No habían podido verse todas las ruinas en un principio por encontrarse ocultas. Se debían éstas, en buena parte, a pasadas mudanzas de paredes, tabiques y remodelación de locales. Muchas puertas estaban cerradas malamente y los muros levantados sin inteligencia ni precaución. No le era posible tasar el resto de los trabajos por existir, sin duda, muchas otras imperfecciones ocultas.

A mediados del citado año, Machuca aseguraba que ya tenía levantados 20 nuevos machones y 28 arcos que sostenían las bóvedas y contrabóvedas superiores. Varias paredes seguían macizadas de forma deficiente. Con el fin de perfeccionar el claustro se necesitaban 25.000 rs. Su costo total, pues, sobrepasó el medio millón de reales⁹.

En la maqueta de Gil de Palacio (año 1830) del Museo Municipal podemos apreciar claramente el casi nuevo claustro, aunque no las torres cercanas al Museo del Prado.

Destrucción y restos del claustro viejo en el siglo XIX

Para perfeccionar la obra del Museo del Prado, el Rey había necesitado del espacio que los monjes tenían destinado a cuadras y pajaros. Lo entregaron sin oposición alguna. A cambio, pedían en 1805, un pequeño trozo de terreno sobrante de lo que el monarca había adquirido, también, del monasterio del Escorial para construir dicho Museo. Los monjes pensaban levantar aquí oficinas, enfermería, hospedería...

Cuando llegan los franceses, San Jerónimo pasa a formar parte del baluarte del Retiro. Las pinturas y otras obras de arte son trasladadas al palacio de Buenavista.

En la mencionada maqueta de Gil de Palacio aparece el monasterio totalmente aislado, libre de las antiguas dependencias del palacio del Buen Retiro. Otro tanto ocurre con los claustros.

⁹ Arch. General de Palacio. Buen Retiro, legs. 11.757, 11.761, 11.797, 12.369 y 12.370.

Con la desamortización, el conjunto de edificios padece un grave deterioro por un uso totalmente opuesto a su fin. Hasta su destino como parroquia en la segunda mitad de siglo, tanto el templo como el claustro y otras dependencias, sufren destructoras agresiones, hasta el punto de desaparecer el claustro viejo que estudiamos y grave deterioro del nuevo y de la iglesia. Sirvieron sucesivamente de cuartel de inválidos, residencia de veteranos de guerra, parque de artillería y hospital de coléricos, además de otros muchos intentos. Para su adaptación a estos extraños menesteres, hubo que ejecutar obras que arruinaron rápidamente los edificios. Como intervención excepcionalmente acertada habría que citar la contención y aislamiento del terreno un tanto desigual del tramo entre el monasterio y Museo del Prado, “haciendo el no pequeño sacrificio de gastar millón y medio de reales para perfeccionar el Real Museo por sus espaldas dándole regularidad y el aspecto que tiene por el frente este edificio”.

Desde 1841, y durante una década, consta que la iglesia permaneció cerrada. En el resto de los locales se fabricaba pólvora “objeto el más inoportuno a que podía destinarse” por el peligro que representaba tanto para el cercano Museo como para el monasterio. En 1846 la comisión central de monumentos, a través de su vicepresidente don Pedro José Pidal, solicitaba de la Reina que el templo y sus dependencias fueran reparados y conservados como importantes edificios históricos y artísticos que eran. Pero no se atendió a su petición.

A juzgar por la documentación, parece que el claustro viejo fue derribado por completo hacia 1852: “El resto de los operarios y peones se han ocupado en el derribo del ala derecha del edificio antiguo y el de las habitaciones de los dependientes del Museo de pinturas”. Hasta el reciente inicio de las obras de ampliación del Prado, solo quedaba una pequeña parte de su paramento oriental.

Situación del claustro principal en los siglos XIX Y XX. Su nuevo destino dentro del Museo del Prado

Al igual que el resto del monasterio, este esbelto claustro principal barroco ha sufrido durante estos dos últimos siglos tal vaivén de propietarios (ministerios), usos, proyectos y actuaciones que le han reducido a solo su esqueleto. Por suerte la parte más hermosa e interesante ha podido ser recuperada para integrarla dentro de la ampliación del Museo del Prado.

En 1848 el claustro estaba ocupado por el parque de artillería. Tres años más tarde se exigía la entrega del “cuerpo de edificio que consta de piso bajo y principal que está situado a la derecha de la puerta principal de entrada (a la iglesia) el qual posee el cuerpo de inválidos y siendo preciso proceder a su derribo de este local para la prosecución de algunas obras proyectadas...”. Por suerte no llegó a tener efecto.

En 1854 se pensaba ceder el claustro y solar inmediato a la junta municipal de Beneficencia con objeto de destinarlo a Hospital Provincial. Después se le propuso como lugar al que poder trasladar a los peligrosos coléricos del Hospital General. Simultáneamente la iglesia estaba sirviendo de almacén mientras era reparada la cubierta del Museo del Prado. Por suerte poco más tarde el arquitecto Narciso Pascual y Colomer reparaba, con una actuación muy discutida, dicho templo con el fin de destinarle a parroquia. Con todo, su claustro quedó olvidado.

Los años 1855 y 56 resultaron fatídicos para nuestro claustro. El arquitecto mayor del real Sitio del Buen Retiro estimó conveniente el derribo de los restos que aún quedaban del claustro viejo por su ruina y peligrosidad. Simultáneamente aconsejó el “desarme, traslación y colocación de la cantería de los arcos que hoy forman el claustro alto y bajo del patio (nuevo)...que de emplearse en la construcción de una galería que extendida en línea recta decore la fachada del edificio ocupado por el Museo de Artillería que mira a los jardines de la iglesia de San Jerónimo”. Las condiciones que puso fueron desmontar dichos arcos, relabrar las piedras y labrar aquellas que se inutilizasen o estuviesen estropeadas y trasladarlas y colocarlas en la nueva obra. El solar del desaparecido claustro sería acondicionado con jardines “a la inglesa”. Todo ello costaría 52.228 rs.

El trabajo fue encargado al albañil Angel Pozas quien comenzó el desmonte produciendo deterioros de consideración. El arquitecto Juan Segundo de Lema hizo notar lo equivocado del proyecto y que debía, por el contrario, conservarse un edificio de notable mérito artístico y de muchos recuerdos históricos. En 1857 era suspendida la demolición por tiempo indefinido y consolidado lo que aún permanecía en pie.

En 1875 la Casa Real recordaba que la iglesia, claustro y huerta pertenecían a su Patronato. Inmediatamente los Hospitalarios Españoles solicitaron cesión de este conjunto de propiedades con el fin de levantar un hospital y aseguraban que también para conservar la abandonada iglesia expuesta a perderse a pesar de tratarse de “un monumento nacional cuya conservación interesa a la historia de nuestra Patria”.

En 1878 el Real Patrimonio cedía el templo y claustro al arzobispado de Toledo. La iglesia estaba hecha una completa ruina y del claustro principal solo restaban los arcos de piedra.

Al año siguiente la comisión de arquitectura de la Academia de San Fernando daba su opinión sobre la remodelación del espacio y construcción de la fachada norte del Prado, ideados por Francisco Jareño. Ello exigía la apertura de las calles de Felipe IV y Ruiz de Alarcón, así como el aislamiento de la plataforma en que se asentaban la iglesia y claustro de San Jerónimo tal como hoy podemos contemplarlo.

En 1883 el arquitecto E. M. Repullés y Vargas remataba la restauración del templo parroquial, sin tocar para nada el claustro. Según uno de sus planos, este último estaba constituido por el mismo esqueleto que hoy tenemos.

En 1924 se solicitaba que el edificio fuera declarado monumento nacional. La misma petición había sido hecha, en 1917, por el obispo de Madrid-Alcalá. El informante, don Manuel Zabala, le alabó como obra renacentista de estilo árido pero sobrio, grandioso y elegante en su conjunto. Con todo, los académicos de San Fernando estimaron que, por entonces, no convenía acceder a la petición pues otros monumentos mejores llevaban varios años esperando la misma consideración. Sin embargo, al año siguiente era declarado monumento histórico-artístico¹⁰.

En 1962 era reparado un tanto superficialmente nuestro claustro. Según el periodista Rafael Sánchez, se trataba de una de las mejores construcciones de la capital¹¹.

La iglesia y claustro que han llegado hasta nosotros representan uno de los conjuntos arquitectónicos más espectaculares de Madrid, con una silueta y panorama bellísimos, al decir de Chueca Goitia. Por su historia, vinculación con la monarquía, recapitulación de estilos artísticos y proximidad al Museo del Prado, bien merecen un trato especial. Así parece que está ocurriendo en la obra de Rafael Moneo. El solar dejado por el desaparecido claustro gótico será destinado a talleres de restauración, auditorio y espacios comerciales de la ampliación del Museo. El claustro conservado servirá de biblioteca. Sin duda un buen fin para tan bella construcción barroca del siglo XVII¹².

Recibido: 30-V-2005

Aceptado: 22-VII-2005

¹⁰ Boletín de la R. Ac. de Bellas Artes de San Fernando, n.º. 72 (31-diciembre-1924) y Gaceta de Madrid (20-julio-1925).

¹¹ Hoja del Lunes de Madrid (Lunes 15-octubre-1962).

¹² CHUECA, F., “El nuevo Museo del Prado”. Boletín del Museo del Prado, n.º. 35. Madrid (1999), pág. 7.